

DESDE EL VIENTRE -Cronología de un Infame Crimen-

Eudomar Parra



Capítulo 1

DESDE EL VIENTRE

Cronología de un Infame Crimen

Parte 1

15 de Abril de 2016.

El reloj marca las 11:00 p.m., Sara Aguirretxe se encuentra en la estación policial sentada en una rechinante silla de la sala de interrogatorios, con las manos y sobaquera ensangrentadas, observando con desdén a sus interrogadores, y de reojo a su arma de reglamento que descansa sobre el oxidado escritorio donde le increpan una y otra vez que confiese detalladamente lo ocurrido, jamás había pasado por tal situación a pesar de contar con 15 años en servicio. En su mente estaba en todo momento encontrar al asesino de su hijo; habían transcurrido 2 años desde que aquel perdiera la vida a manos de un desconocido, su equipo determinó que se trataba de un homicida prolijo, astuto y selectivo, al ver que no avanzaba la investigación decidió ir por cuenta propia, y empezó a estudiar minuciosamente la forma en que se sucedieron los hechos, llegando a una conclusión precisa y abrumadora.

En los momentos en que la tristeza, la impotencia, y la soledad le invaden, encuentra consuelo en un relato que su madre le narró mucho tiempo atrás.

—En las praderas verdes de un lejano valle, bordeado de altas e inexpugnables montañas que encierran al viento, tan airoso que los cabellos más rígidos se elevarían, allá donde si alguien se lo propone puede visualizar los cimientos de los albores del interminable tiempo, que a cada minuto roe nuestros cuerpos, yace un baúl y delante del mismo un niño que lo arrastra con sus pequeñas manos para llevarlo a su última morada: “la profundidad de un abismo”, sus ojos apenas podían visualizar la caída, pues las voluminosas lágrimas que los copaban, impedían que la percibiera claramente, en un último esfuerzo lanzó el cofre que llevaba días protegiendo a las fauces del despeñadero, no sin antes ofrecérselo a los cielos, la bruma hizo acto de presencia arrojando la escena, siguiéndole un fuerte y doloroso grito, que de seguro se hubiera hecho visible de no haber llegado la densa niebla, sin embargo ésta no pudo esconder del todo su dolor. Siempre me preguntaba, ¿por qué a veces tendemos a retener lo que nos es imposible sujetar?, ¿por qué a veces no admitimos nuestro destino? Es de admirar el valor que tuvo aquel niño para desprenderse de su preciado tesoro, a pesar de que su

contenido era lo más valioso que jamás tuvo.

— ¿Por qué se deshizo del baúl si su contenido era tan importante para él?
—preguntó Sara.

—Porque nada es más importante que el “amor”, a pesar de la inexorable testarudez que conlleva sentirlo; esas cuatro letras son la respuesta a aquellas recurrentes preguntas que me hacía.

—Todavía no entiendo —profirió la joven Sara.

— El joven creyó que esas 4 letras (amor) no se veían bien solas, así que les agregó al final el símbolo del infinito; amó con locura lo que aquella pieza añeja, hecha de roble y metal contenía, y entendió que eso había sido suficiente, hizo bien el lanzarlo, fue la decisión correcta, igualmente lo hubiera perdido, pues de todos modos el tiempo se encargaría de hacerlo añicos, desperdiciando así valioso tiempo de su vida, ya no tenía sentido que siguiera siendo su protector, el baúl con su contenido al final terminarían siendo polvo, no así su amor que siempre estaría intacto. Su lance al vacío de alguna forma le liberó.

Cuando era niña mi madre siempre me contaba esta historia que ahora sabes, aseguraba que la misma era cierta, y que había pasado de generación en generación, para que en el futuro supiéramos valorar el amor puro, aquel que no se guarda en cajas o baúles, que es huérfano de palabra, carente de sonido, invisible a nuestros sentidos básicos, pero palpable a nuestros sentidos ocultos, “el verdadero amor es el que mana del alma y mora en el corazón de los hombres justos”.

Sara amó a su hijo tal como se esperaba que una madre lo hiciera, nunca dejaba de pensar en la crudeza con la que le fue arrebatado.

14 de abril.

9:00 a.m.

David Fernández el intendente de la policía, reúne a todos los agentes de su departamento para encomendarles un nuevo caso.

— ¡Bienvenidos! El motivo por el cual les cito es el siguiente: ayer el señor José Manuel Sáenz Corveta reportó la desaparición de sus hijos: Luis José Sáenz Trigueros, y Johnny Jesús Sáenz Trigueros, de 8, y 9 años respectivamente, se cree que han sido raptados porque un día antes a su desaparición la familia fue objeto de amenazas. Los hermanos como de costumbre fueron llevados por su padre al instituto a tomar sus clases de música, pero al final de la misma desaparecieron repentinamente, en

torno al suceso se han creado algunas hipótesis:

- 1) Que su captor se infiltró en las instalaciones para llevárselos.
- 2) Que su captor hace parte del personal que labora allí dentro.
- 3) Que los niños después de salir de sus clases se alejaron por propia cuenta, y fueron interceptados por su captor.

Esta última surge de lo que dice el padre en el informe policial, pues reporta que llegó a la escuela media hora después de lo acostumbrado, algo inusual según lo declarado. No hay ninguna pista clara que nos ayude a ubicar su paradero o revele claramente el perfil del posible secuestrador, tenemos solo las anteriores suposiciones, lo dicho por su padre, y un par de declaraciones tomadas en la escuela.

— ¡Maldito engreído! Cree que tan pomposo repertorio es la clave para resolver el caso —pensó Sara.

Su relación con Fernández desde su llegada al departamento fue áspera, siempre le ha tenido desconfianza, según ella, éste no llevó correctamente la investigación dirigida a dar con el asesino de su hijo. Fernández inexplicablemente nunca tomó en cuenta las peticiones y sugerencias que acertadamente le hizo.

Desde hace meses Sara comparte guardias y casos con el detective Juan Di Doménico la Torre, quien es un tipo bien parecido, noble y seguro de sí mismo, de joven estudió en el seminario, por tal razón le apodaron: "Sacristán".

Después de la reunión, Sara comenta a Juan que es imprescindible volver al instituto a recabar información, manifestándole su inconformidad con las declaraciones tomadas, tildándolas de chucutas y contradictorias.

2:15 p.m.

Los detectives se dirigieron a la escuela e irrumpieron en el salón de música, se identificaron y disculparon por tal intromisión.

—Señorita Peñaranda, aquí dice que no se encontraba en la escuela para el momento en que los niños Sáenz desaparecieron —expresó de forma contundente Sara a la temblorosa e insegura profesora de música.

— ¡Así es! —respondió titubeante.

— Entonces puede explicarnos, ¿por qué razón aparece estampada su

firma en el cuaderno de asistencias llevado por control de estudios?

— ¡Me sentí un poco mal!, y decidí retirarme.

— La señorita Ámbar Aristegui a quien dejó como su suplente, ¿tenía conocimiento de que los niños Sáenz normalmente eran buscados a las 4:00 p.m., y no a las 4:30 p.m.?

—No. Y de hecho ella no es mi suplente habitual.

— Ya veo, ¿desde cuándo la señorita Ámbar retomó sus funciones en la escuela?, aquí dice que se ausentó un tiempo por problemas de salud.

— Hace una semana. ¿Por qué tantas preguntas al respecto? Ya he dicho esto en la anterior declaración.

— Tiene razón, discúlpenos, solo queríamos asegurarnos —contestó Juan.

A los detectives no les agradó la postura asumida por la señorita Peñaranda, quien en todo momento se mostró como víctima, siendo las dos inocentes almas desaparecidas las verdaderas perjudicadas. Por tal razón le etiquetaron con el color rojo. Desde que comparten servicio acordaron marcar a quienes interrogan con un color determinado, para ello toman en cuenta: su movimiento corporal y facial, elocuencia, sobriedad, firmeza y seguridad al hablar.

-Color Azul: Confiable.

-Color Verde: Medianamente convincente (aspirante a mentiroso).

-Color Naranja: Totalmente convincente (mentiroso nato).

-Color Rojo: Los que se creen víctimas (por lo general poseen información valiosa que no revelan por temor, esto último es lo que hizo que la declaración de la señorita Peñaranda fuera marcada con el color rojo, pues sospechan que la misma no les dijo todo lo que sabía por miedo a represalias).

3:50 p.m.

No muy complacidos con la declaración de Peñaranda deciden trasladarse hacia la casa de Aristegui, quien los recibe amablemente, sonriendo y sosteniendo una rechoncha gata entre sus brazos.

—Sabemos que estuvo fuera de la escuela por unos días —expresó Sara, mientras la gata le acariciaba los tobillos con su cola.

—Es cierto, estuve enferma, la semana pasada me reincorporé, no estoy del todo bien pero tengo una familia que mantener.

— ¿Por qué no esperó a que los niños Sáenz fueran retirados por su padre?

—Siempre he creído en la seguridad de la institución, no vi el problema que esperaran en el lobby mientras eran buscados por él, tal como lo hacen los demás niños.

—Aquí dice que usted es casada, ¿podríamos hablar con su esposo?
—preguntó Juan.

—Lamento decirles que no se encuentra en casa.

— ¡Es una pena!, habríamos entablado una amena conversación —replicó irónicamente Sacristán en un tono de voz fuerte.

Juan Sacristán daba por sentado que su esposo se encontraba ahí, fundamentándose en que se mostró incomoda e insegura al ser preguntada por él, ahora tenían a otro posible sospechoso sobre la palestra.

Después de repasar la declaración a Aristegui, le marcan con el color verde. Concluyen que ella y su esposo tienen una alta posibilidad de estar implicados en la desaparición.